

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *La verdadera felicidad*, por María del Pilar Sinués de Marco.—*El silencio*, poesia, por D. Ventura Ruiz Aguilera.—*Promesa de un soldado*, continuacion, por Fernan Caballero.—*Arta*, por La Hija del Yumuri.—*Modestia y vanidad*, por María del Pilar Sinués de Marco.—*Esplieacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.—*LAMINA*. Un figurin de modas.

LA VERDADERA FELICIDAD.

Achaque comun es en el mundo el quejarse cada uno de su suerte y anhelar lo que no le es dado conseguir.

El pobre desea una holgada mediania.

El que disfruta una posicion cómoda y desahogada anhela las riquezas.

El rico se queja de los cuidados que su misma opulencia le proporciona, de pesares que suelen ser imaginarios, y muchas veces de la falta de afectos, que es el mas grande de los males.

Es propio de la pobre condicion humana el anhelar siempre un mas allá, que pocas veces puede conseguir, porque asi que ve realizada su esperanza, otra nueva ocupa el sitio de aquella y los deseos renacen incesantemente.

¿De dónde proceden tanta queja y ese malestar general? Yo creo, en mi humilde juicio, que de diferentes causas: de la ambicion, de la vanidad, de la envidia, y de la ociosidad.

He visto algunas veces desear á una jóven un lindo vestido, cuya posesion ha logrado despues de repetidos ruegos á su madre: y algunos dias mas tarde, al indicarle yo que se lo pusiera para ir al teatro juntas, me ha dicho:

—Ese no; otro cualquiera me pondré.

—¿Y por qué no ese?

—No lo puedo sufrir; cuando no lo tenia, lo deseaba mucho porque veia uno igual á la señorita C.... ahora, de cerca, me parece tan feo, como lindo entonces.

Este sencillo ejemplo pinta perfectamente la inconstancia de nuestros deseos, y pinta tambien cuán poco valen todos los bienes que, por lo regular, apetecemos.

El alma, buscando su patria que es el cielo,
AÑO I.—NÚM. 9.

no vive contenta en la cárcel del mundo, y á veces la atormenta una ansiedad vaga y dolorosa: pero de esta tristeza—propia solo, por otra parte, de las almas privilegiadas—á la ambicion vulgar, á la díscola displicencia del mal carácter, hay una inmensa distancia.

La persona descontenta de su suerte es verdaderamente desdichada, y labra la desgracia de los que viven á su lado: nada hay mas triste que estar junto á una de esas criaturas quejumbrosas, indiferentes á toda ocupacion, exasperadas con su propio destino: en torno de ellas no reina el amor, ni la alegría, ni la esperanza: gimen sin cesar, y á veces por costumbre: todo lo hallan malo y despreciable, desde su alimento hasta sus muebles y sus vestidos; y al mismo tiempo que deploran sus privaciones, desean todo lo que poseen los demas.

¡Pobres seres, y cuánto os compadece la que esto escribe! Es verdad que hay pocas personas tan contentas como ella con su suerte, y que cada dia bendice muchas veces á Dios, por habérsela dado tan buena, tan dichosa: por eso mismo, considera esa fatal tendencia al descontento, que os domina, como la mas grande, la mas horrible de las desgracias!

Pienso yo que despues de una conciencia pura, que es un manantial inagotable de alegría para el alma, la felicidad reside en nosotros mismos: yo amo mis trajes, mis libros, mis flores, mis muebles, mi casa, en fin, y no la trocaria por el palacio mas espléndido: todo lo mio me agrada: las santas imágenes de mi cuarto de dormir, me parece que me hacen compañía: los perfumes de mi tocador me llevan á la bella region de los recuerdos: en mi hogar, he formado un pequeño mundo, he cuidado de embellecerlo, de adornarlo, de ponerlo alegre y bonito, y en mi hogar soy dichosa.

Los que se fastidian de todo es que están dotados de una alma fria, y poco propensa al amor: es que no se encariñan con nada: son imaginaciones desarregladas, acostumbradas á
MADRID 8 DE MARZO DE 1864.

soñar con lo que no ven y á desdeñar la realidad por hermosa que sea: así es que se cansan igualmente de las personas que de los objetos, y no tratando de disimular sus defectos, son intolerantes para los ajenos.

A nadie compadezco yo tanto como á los que se aburren: prefiero estar afligida á padecer tedio: pero no le temo, porque no es enfermedad esta de las imaginaciones activas y ocupadas.

Si pensáramos en los que son mas pobres y mas desgraciados que nosotros, siempre nos consideraríamos dichosos: pero miramos á los que viven mas altos en la escala social, y no nos detenemos á pensar, si bajo aquel corazon cubierto de terciopelo y oro, habrá lágrimas contenidas y amargas penas, de las que tal vez no tenemos ni aun idea.

No he hecho en el breve espacio de que puedo disponer, mas que apuntar ligeramente las causas del malestar general: en nuestro próximo número, diré algo acerca del antídoto, que puede conjurar la terrible enfermedad social del hastío, que tanto se va generalizando y que hace tantas víctimas.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EL SILENCIO.

(ARMONIA NOCTURNA.)

El Llobregat corria
con movimiento blando
á mis pies murmurando;
yo no se qué decia
desde su oscuro lecho,
solo sé que su voz sonó en mi pecho
con vaga y melancólica armonía.

Aun el beso fugaz sienta del áura
que el ánimo restaura;
y el olor de los pinos solitarios
que coronan los montes,
límite de serenos horizontes;
oigo el débil quejido
del pájaro nocturno
en las breñas perdido,
y su sordo aleteo,
y el insecto que zumba;
y aun hoy la luna veo
cual lámpara colgada ante la tumba
que un ser amado encierra,
bañando las profundas soledades
del cielo y de la tierra.

Pero no, este silencio no es la muerte
helada, inmóvil, muda;
desde la roca inerte,
desde la dura piedra
que el musgo cubre y la amorosa hiedra,
hasta la peña colosal desnuda;
la quietud de los campos, y la sombra;

el lucero, la nube
(gracioso y casto velo
tras el cual centellea);
el Monserrat, que sube
soberbio escalonándose hasta el cielo,
pilar robusto aquel, y este corona
de la santa Patrona
que al pueblo catalan tiende su manto,
forman todos el canto
sublime del silencio,
con palabras sin voz, de poder tanto
que el alma las entiende,
y embriagado por ellas,
su movimiento el corazon suspende.

¡Oh, noche! Oh, soledad! Oh, gran concierto
que oye sólo el espíritu despierto,
y no el torpe sentido!

A tu conjuro misterioso, vuelve
á ser, y se levanta, lo que ha sido;
las dormidas memorias,
los dias y los años,
fantasmas de dolores y de glorias,
de placer, de esperanza y de engaños.

Aquí el hogar paterno,
templo de la alegría
que iluminaba el sol del medio dia
ó el rayo de la luna;
y en un rincon la cuna,
ayer tranquila nave
que arrulló la niñez de un inocente,
á quien hoy arrebató la corriente
en los revueltos mares de la vida
por furiosas tormentas combatida.

Allá la verde alfombra
del valle solitario;
el árbol, fiel amigo
que fruta daba y sombra;
el viejo campanario,
que la oracion cantaba
con acento monótono y profundo,
y el tránsito de un alma á mejor mundo;
ó bien desde la aurora
las fiestas celebraba
del pueblo, y de la patria vencedora.

Por aquí bulle inquieta
la alegre romería; y en los huecos
de la colina esueta,
y el espacioso llano,
repiten, alejándose, cien ecos
del tamboril los rústicos sonidos
con cantares y danzas confundidos.

Y en faz dulce, halagüeña,
como niño que sueña con las hadas
ó con su madre y con el cielo sueña,
van pasando, en su féretro acostadas,
reinas de otros festines ¡ay! hermosas,
que vivieron la vida de las rosas;
y pasan allá lejos, allá lejos,
donde la luna apenas da reflejos,

al triste suspirar del bosque umbrío
y el sollozo del río.

En el aire y el cielo
hay ojos que nos miran,
y bocas que suspiran,
y manos que nos llaman,
y genios invisibles que nos aman;
y de la selva oscura
por la intrincada y lóbrega espesura,
de su paso veloz sin dejar huellas,
fantásticas visiones cruzan bellas,
quizás recuerdos pálidos de amores,
formas, tal vez, de sueños seductores,
de nuestro corazón tal vez pedazos,
tendiéndonos los brazos
y virginal sonrisa
mandándonos en alas de la brisa.

En tanto, por el piélago infinito
de esos mundos que en letras de luz tienen
de Dios el nombre escrito,
su alto vuelo el espíritu desplega,
ansioso de luz llega,
y, abismándose en él, vé mas cercana
la majestad de Dios, y compadece
la pequeñez de la grandeza humana.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Puda de Monserrat.—Julio de 1863.

PROMESA DE UN SOLDADO

Á LA VIRGEN DEL CÁRMEN.

(Continuacion.)

—Oyes, Roque, ¿estarian muy embravecidos, ellos que siempre lo están de ver á la gente de España por su tierra?

—¡Que si lo estaban! Como que un moro mordió á un cristiano, y el cristiano á los cuarenta dias rabió.

—Pero ni por esas consiguieron meterles miedo á los de acá, Roque. ¡Qué valientes! ¡Qué sufridos! ¡Qué denodados! Vamos, si han asombrado Vds. al mundo, y se ha dicho que, á pesar de su bravura, les tenían á Vds. los moros mas miedo que á los leones de su tierra. ¿Viste alguno?

—Ninguno vide, mas que al español en nuestras banderas; por lo visto, al verlo los leones de por allá huyeron de él como los moros huían de nosotros.

—¿Oyes, Roque, preguntó la vecina, y los gobiernos eran tan valientes como los soldados?

—¡Vaya que si lo eran!

—¿Tóos?

—Todos y cada uno de por sí, segun su genio ó su cargo. Asina era que decíamos:

¿Quién tiene la faz serena?

Lucena.

¿Quién es un gran paladin?

Prim.

¿Quién es noble y es humano?

Ros de Olano.

¿A quién no detiene nada?

A Quesada.

¿Quién no le teme á las balas?

Zabala.

¿Quién dice siempre «adelante?»

El so brino del infante (1).

—Así me place, hijo, opinó la tia Manuela. Los gobiernos se deben acatar siempre, y si se portan como aquellos, con mas razon acatar y enaltecer, que dice el Santo Evangelio, dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Pero, Roque, ¡qué de tiempo se estuvo sin tener norte de ti, y sin nosotros saber si honrarte vivo ó llorararte muerto! prosiguió la anciana. Despues cundieron las voces que habias estado preso y que te metieron en consejo de guerra. ¿Qué delito hicistes, hombre?

—Ninguno. Vaya que el lance ese ha metido mas ruido que una tronada!

—Pues se te culpaba mucho, Roque.

—¡Toma! como que no hay víboras mas emponzoñadas que las lenguas de los hombres!

—No supimos ni yo ni su padre que lo culpaban, dijo con indignacion la madre del soldado.

—Vaya, vaya, querer culpar á mi hijo es como arrancar los manteles á los altares. Cuidado con lo que se miente! perdida anda la verdad. Razon lleva el padre cura que refiere, que cuando acaba de decir misa y el último Evangelio, al cerrar el misal dice: *A Dios verdad, hasta mañana.*

—Pues sepaste, Roque, dijo la vecina, que tu novia que lo supo te ha dejado y le habla á otro.

—Desde que pisé la tierra de España lo supe, ya vé V. que su noticia es mas vieja que el modo de andar.

—Y qué dijistes?

(1) S. A. R. el conde de Eu, jóven héroe de diez y siete años.

De estas que los soldados llamaban *alcuyas*, hemos oido muchas mas, asi como coplas que no insertamos por falta de espacio en cuadro tan reducido; pero no podemos menos de transcribir aqui las siguientes:

Fue tan recio el tiroteo

Que los moros empezaron

Que al general Echagüe

Le mataron el caballo.

¡Hijos míos! no temer

El que os quedeis sin jefe,

Que si mi caballo ha muerto

Aquí teneis el ginete.

Así pues, ¡vamos á ellos!

¡Españoles! ¡adelante!

Que aunque me han quitado un dedo,

Falta ninguna me hace.

—¿Qué dije?

¿Qué cuidado le dá al Rey
Que se le muera un soldado?
El mismo se me dá á mí
Que ella me haya dejado.

—Bien dicho, hijo, opinó la tía Manuela. En los amores no es necesario atollancarse, sino pasar de largo, si no pintan bien.

—Cuéntanos el lance, Roque, pidió la vecina.

—Ante todas cosas, hijo, interrumpió la tía Manuela, tenía pensamiento de preguntarte á tí que has estado por allá, que es la tierra de las golondrinas, si es verdad que tan parleras y cantoras como son, en llegando el jueves y el viernes Santo, no abren su pico y se están calladas como en misa?

—Mucha verdad que es, contestó el soldado; también yo lo había oído decir, y estando en Tetuan por la semana Santa, me puse en acecho y noté que ninguno de esos animalitos que todos los días nos tenían atolondrados los oídos, (porque allí hay golondrinas para nublar al sol) ninguna se dejó oír; estaban tristes.

—¡Animalitos de Dios! dijo enternecida la tía Manuela, que recordaban y honraban más la Pasión del Señor que esos salvajes infieles moros.

—Ahora cuéntanos tu percance, Roque, insistió la vecina; cualesquiera cosa apostaría yo á que es cosa de pendencia; porque tu, Roque, has sido siempre muy torero.

—Y que allí, añadió la tía Manuela, como tenían Vds. carne, pan y vino largo, y hasta café como los usáis, estarían Vds. con muchos bríos y arrogancia. Por entonces todo estaba aquí sosgado y pacífico, pues el invierno fué de aguas que creíamos que íbamos á poder beber en pie sin agacharnos; no había dónde ni cómo ganar un jornal; y no hay cosa que más amanse, que el no tener; pues el que no junta más que para un cuarteron de pan, no lo gasta en vino, y sabido se es, que todos los desmanes salen de las tabernas, mal haya ellas!

—Por esa cuenta, observó el soldado, le placará á V. mucho la pobreza, tía Manuela.

—No es decir que me plazca, hijo mío, repuso la buena mujer, que no todo lo que á nuestra alma aprovecha place á nuestros sentidos que son muy terrestres; pero conozco las ventajas de la pobreza; pues dime ¿qué ha de pecar ni andar en devaneos, el que se levanta con un: ¡ay, Dios mío! y se acuesta con un: ay, Dios mío?

—Tía Manuela, ¿se ha metido V. á predicador? preguntó con benevola sonrisa el soldado.

—Sí, hijo, respondió la tía Manuela, eso es

lo propio de los ancianos para enseñar y guiar á los mozos.

—¿Y si no se dejan enseñar y se burlan de usted?

(Se continuará)

FERNAN CABALLERO.

A a insigne escritora mi muy estimada amiga la

Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco.

Mi dulce é ilustrada amiga; á V. únicamente me dirijo animada del valor que inspira la rica y fecunda inteligencia que tan alta estima le ha dado á los ojos del mundo civilizado, apelando á su indulgencia habitual para que disimule la libertad que me tomo, como un desahogo del corazón.

Hay sentimientos en lo íntimo del alma, hay secretos allá en los profundos senos de la intelectual morada del hombre espiritualista por excelencia, que necesitamos tocar con mano muy sutil para no desgarrar el mísero velo de ilusiones que lo envuelve.

Hé aquí, pues, uno de esos críticos momentos en que me anima el más vivo deseo de probar á V. todo el afecto, toda la consideración que me inspira, y trémula, agitada, siento palpar mi corazón á la sola idea de llamar los tiernos recuerdos de mi pasado y los dolorosos sucesos que alguna vez se duermen, pero que no mueren jamás.

Era, pues, amiga mía, la bella edad de mi vida en que el corazón vírgen exhala el aroma delicioso de la inocencia; bullía mi pensamiento, y creándome á mi ver el mundo matizado de floridos tintes, ni nada temía, ni nada me atormentaba más que una vaga ambición que retozaba de vez en cuando en mi imaginación como la aérea y vaporosa sombra que se nos presenta con la sonrisa de la satisfacción y la mirada del amor.

Tal vez parecíame ver en lontananza un porvenir cubierto de riquísimos rayos de esplendor brotando de un foco de luz que no pertenecía al suelo donde se meció mi cuna, y queriendo penetrar algo más, figuraba el centro de una sociedad que yo debía estudiar y comprender; mas al tocar la dificultad de realizar mi loco desvarío, desfallecía desalentada y alguna vez una lágrima imprevista rodó por mi mejilla.

Los años, con su lento compás, resbalaron por la balanza del tiempo y yo después de haber apurado la copa de la amargura, me encontré formada en el dolor, dueña de mi misma y con una voluntad de hierro invariable y poderosa que en vano trataba de sofocar, per-

que mas firme aparecia en mi pensamiento la idea que desde mis primeros años me perseguia; esa idea, amiga mia, era viajar, era visitar estas apartadas regiones donde el aire apenas agita una hoja y donde el sol, velado por un espeso manto de compactas nubes, derrama débiles reflejos sobre la tierra.

Puse, pues, en planta mi proyecto y halagué mi corazon mas y mas con la hermosa realidad de llegar hasta nuestra Reina que tantas veces habia deseado conocer.

Un dia comprendí que la empresa era superior á mis fuerzas y mi corazon tembló; vacilante di algunos pasos retrogrados, pero una voz tiernísima resonó en lo profundo de mi alma y me presentó los frutos de mi amor, ¡mis hijos! su porvenir acaso en mis manos..... ya no dudé, y arrojada y valiente, comprimiendo los latidos de mi seno, ahogando las lágrimas que brotaban de mis ojos, cubriendo con una sonrisa la dolorosa sensacion que me despedazaba, me lancé á los peligros del mar, arrojando las consecuencias de un largo viaje sin mas ayuda que la de Dios.

En vano querria aparecer á la mirada de usted cubierta con esa fria indiferencia que es necesario sentir en algunos casos de la vida: no, amiga mia, mi valor flaqueó al sentirme arrastrar por la nave que me conducia lejos de mi patria, de mis hijos, de mi familia, y de mis amistades, que en inmenso grupo de lejos me saludaban destrozando aún mas la sensibilidad de mi corazon.

Era una de esas tardes que no muy amenudo en el cielo de Cuba presentan el opaco brillo de un sol moribundo, confundiendo su lánguido destello en la menuda llovizna del invierno; tal parecia que la naturaleza acompañaba la melancolía que circundaba mi ser.

Pasaron ante mis ojos los hermosos jardines ostentando sus palmas, sus pinos y cipreses, á las orillas del mar! aquella playa tendida, oasis delicioso dó tantas veces hollando con mi planta su menuda arena me ofreció sus nacaradas conchas; aquellas altivas murallas, y aquel conjunto de magníficos templos y edificios vistosos que acaso no volveria á ver más, mientras que el sol, undiéndose en el ocaso, me daba su moribundo adios.....

La pluma de V., amiga mia, necesitaría ahora para pintar la emocion sentida y tierna, profunda y sagrada, mezcla de amor y de amargura que me sorprendió en los momentos de mi despedida.

V. que comprende con la rica facilidad de su fecundo talento lo que ese cuadro encerraria, disculpará que mi voz se apague en este instante y deje de concluir la descripcion que deseaba hacer; pero es harto triste, máxime cuando me

falta la portentosa fecundidad con que el cielo dotára la inteligencia de V.

Todo pues ha pasado ya, por que todo en la vida pasa; estoy próxima á ver realizado mi mas pintado ensueño de vírgen, en el centro de esa culta sociedad, y sin embargo, no siento la felicidad posar su planta en mi corazon como yo viera por un prisma tan halagüeño. A cada paso asaltan mi memoria recuerdos y afecciones que me atormentan; ya me pinto mi suelo el Edén matizado donde saltan y juegan arrancando flores y arrojando al aire hojas, á los rayos de un sol de fuego, mis tiernos hijos; ya escucho la dulce voz de la amistad con el estremo anhelo de estrecharme en sus brazos; parece tal que la brisa dulcísima y alhagadora me trae enamorada entre suaves perfumes el cariñoso recuerdo de las afecciones de mi hogar; ya creo sentir el pausado canto de mi rio exhalando un eco adolorido que reclama el derecho de poseerme. ¡Hermosa ley de la naturaleza!

V. que siente, amable amiga, germinar en su cerebro la centella del genio y brillar en su frente el rayo de la inspiracion, V me comprende.

Convencida hoy de que todo en la vida es nada, y que las exigencias de nuestro corazon no tienen término, no obteniendo por resultado mas que, al satisfacer una, dejarle lugar á otra, me es preciso creer que es la vida una série de penas y desazones y debilidades, que cual una cadena que encierra en cada eslabon una memoria, un suceso, ó un dolor, cada hombre es una historia, compuesta de tantas páginas como dias ha vivido; que la felicidad completa no existe y que lo único que un tanto calma nuestra ansiedad es la resignacion, la fé, cubierta siempre por una luz de esperanza acaso mentida, pero bella.

Hay momentos én que mi pensamiento arrebatado se escapa de su centro y grita: ¡mi patria es el mundo, mis hermanos los que adoran mi religion y mi ley la de Dios!—En esos momentos me creo feliz, la recuerdo á V., le consagro mi pensamiento y le dirijo mi carta; si abuso de su bondad, perdone V. el vértigo que me envuelve, y crea firmemente que, al abandonar las costas de Europa, llevaré un recuerdo tiernísimo de las simpatías que han dejado en mi corazon las muchas personas que me han dispensado con su delicadísimo trato su franca y leal amistad, siempre brillando V. en ese escogido círculo como el astro de mas esplendor, por quien no solo abrigo el mas sincero afecto, sino la mas profunda admiracion con que saluda á V.

LA HIJA DEL YUMURÍ.

MODESTIA Y VANIDAD.

I.

Hay en París la costumbre de recibir en cada casa un día á la semana, medida oportuna por mas de una razon. Cada uno está seguro de ver á sus amigos el día señalado: los que van á visitar, saben que no han de tomarse la molestia de un viaje inútil: y unos y otros tienen todo el resto de la semana libre para dedicarse, sin ser interrumpidos, á sus negocios y ocupaciones.

El día que cada familia dedica á recibir, está franca la entrada día y noche para todas sus relaciones, y si estas son afectuosas y cordiales, están seguros los individuos de ella de pasar algunas horas agradables, al menos cada semana.

Mdme. Ducrest, dama opulenta y elegante, habia adoptado tambien esta medida general: el juéves era el día señalado por ella á sus numerosos amigos, para ir á visitarla: aquel día se renovaban los ramilletes del salon, se perfumaba éste, se limpiaban cuidadosamente los muebles de ébano y concha, así como los dorados de los espejos, se graduaba la luz para el mejor efecto posible, y Mdme. Ducrest y su hija, la linda Elena, se situaban en él, despues del almuerzo, coquetamente vestidas, y peinadas con la mas esquisita elegancia.

Generalmente habia gentes á comer el día de recibo, y por la noche tenia lugar una reunion mas ó menos numerosa, pero siempre escogida y encantadora, en la que se hacia buena música, y se bailaba hasta muy tarde como fin de fiesta.

No hay que decir que Elena deseaba mucho los jueves y que la misma Mdme. Ducrest los veia llegar con placer, no obstante el aumento de cuidados que le ocasionaban.

Madre é hija eran dichosas al verse objetos de la admiracion y de las lisonjas de todos por sus elegantes vestidos y graciosos adornos, hechos con arreglo á los últimos preceptos de la moda.

Era un juéves y á eso de la una de la tarde, ya se hallaban en el salon Mdme. Ducrest y su hija: todavía no era hora de que empezasen á ir las visitas, y en tanto que su madre hojeaba algunos albums de grabados comprados el día anterior, Elena se sentó al piano para repasar un nocturno.

Mdme. Ducrest habia sido muy bella, y aun conservaba restos muy notables de hermosura: su traje de raso verde, guarnecido de encajes, encerraba un talle que empezaba á engruesar,

pero que no habia perdido aun su elegante forma: su preciosa gorra de encages blancos, adornada de flores, tenia la forma de un prendido lleno de coqueteria y gracia, y descubria unos cabellos castaños y brillantes, dispuestos con tanto estudio como buen gusto.

Elena era preciosa: tenia la tez de rosa y nácar, los cabellos negros y sedosos, y los ojos de ese azul puro é intenso tan dulce y suave: un vestido de seda de color claro, de graciosa hechura, hacia resaltar los encantos de su figura de ninfa, y la frescura de sus diez y ocho años.

Hacia un rato que repasaba su nocturno en el piano, cuando anunciaron á Mme. y Mlle. Bherthier.

—¡Susana! ¡qué dicha! exclamó Elena levantándose presurosa y corriendo hácia las recién llegadas, á una de las cuales abrazó con la mas tierna efusion.

Las dos contaban la misma edad, poco mas ó menos, que Elena y su madre. Mme. Bherthier parecia rayar en los cuarenta años, y su traje modesto, y su peinado sin pretension alguna, decian bien claro que no tenia ningun afan en ocultar la fecha de su nacimiento.

Su hija era una flor pura, fresca, llena de gracia, de suavidad y de candor: sin ser tan hermosa como Elena, habia algo en ella que cautivaba, que fijaba la atencion de una manera indefinible: sus ojos eran azules, como el cielo que se veia á través de las abiertas ventanas del salon: sus cabellos rubios, finos y rizados: su tez alabastrina dejaba ver el fino tejido de sus venas azules, en las sienas, cuello y manos: era esbelta como una palma de talle delicado y flexible.

Su traje era en extremo sencillo, y decia bien con la espresion casta, pura y risueña de su adorable rostro: un vestido de seda negro, una manteleta igual y un sombrerito de paja componian su atavío.

—¡Qué amable visita! dijo Mdme. Ducrest con la política perfecta, aunque un poco afectada, que le era natural: ¿sabeis, añadió sonriéndose, que os habeis vuelto algo estrañas desde hace algun tiempo? Casi nunca os dejais ver, y hoy, que os habeis acordado de nosotras, venis tan temprano que á nadie hallais aquí todavía.

—Precisamente era eso lo que des-ábamos Susana y yo, dijo Mdme. Bherthier, y por eso hemos venido á esta hora. Hubiéramos sentido mucho, querida amiga, encontraros redeadas de visitas: nuestro objeto, ademas de saludaros, es el participaros el próximo matrimonio de Susana, y el rogaros que me dejéis á nuestra querida Elena, para que pase á su lado el día de la boda.

—¿Se casa la linda Susana? dijo Mdme. Ducrest: yo os doy mi parabien, mi querida amiga.

—¡Ah, qué perfidia! exclamó Elena riéndose: en el colegio nos habíamos prometido casarnos el mismo día. ¿Y cuándo te casas, perjura?

—No sé... respondió Susana un poco ruborizada: creo que la boda se ha fijado para dentro de un mes... ¿no es verdad, madre mía?

—Tal vez será más pronto, respondió madame Bherthier: y bien, añadió; podremos contar con Elena, mi querida amiga?

—Ciertamente... y ella será en esto muy dichosa... á no ser que de aquí á entonces se decida también su casamiento, lo que será muy fácil.

—¡Ah, ya! Según eso, ¿hay algún aspirante?..

—Hay muchos: pero Elena es muy joven, y su padre muy exigente: ¿y vos no me participareis quien es el feliz esposo de Susana?

—Mamá, dijo Elena levantándose, permitidme que me lleve á Susana á mi cuarto: deseo enseñarle el vestido que debo ponerme esta noche para nuestra *soirée*, y que ella me diga con quien se casa.

Las dos jóvenes salieron juntas asidas del brazo, y se encaminaron alegremente á la habitación de Elena, que era un modelo de lujo ostentoso y recargado.

II.

Nadie al entrar en el aposento de Elena podía dudar de que era rica; los dorados y el terciopelo se veían por todas partes; grandes espejos, cuadros de valor, muebles esquisitos decoraban la estancia: sobre el lecho de Elena, cubierto de seda y encajes, se hallaba estendido el vestido anunciado: un precioso abanico, un rico pañuelo guarnecido de encajes y un lindo aderezo de perlas, cuyo estuche estaba abierto, se hallaban pomposamente arreglados sobre un velador de laca, colocado en el centro del aposento: un magnífico ramillete de rosas y camelias, se ostentaba en un vaso del Japon.

—Mira mi traje de esta noche, dijo Elena: ¿te parece bonito? Yo he arreglado todo esto por la mañana, porque hoy es el día que recibimos: mis amigas vendrán y yo deseo enseñarles mi *toilette*: las señoritas Dubreill, llegarán llenas de curiosidad y de pena á saber qué es lo que voy á llevar esta noche, porque mi madre no ha querido invitarlas para nuestro baile de hoy, y tienen que contentarse con venir á investigar de día lo que no pueden ver: en cuanto á la bella Eliana de Sainty, tampoco vendrá esta noche porque ha llegado una tía suya de fuera, la que dice nos presentará esta mañana: ¿no te parece á tí que ha de asombrarle mi traje, á ella que viste siempre tan mezquinamente? pero, querida Susana, yo no te he traído aquí para que admires todo esto; hablemos de tu futuro: ¿es rico?

—Papa y mamá dicen que sí, respondió con dulzura Susana.

—¿Y qué es? ¿cómo se llama?

—Satisfaré tu curiosidad, contestando á todas tus preguntas: Mr. Luis Riviere, mi futuro esposo, es agricultor.

—¡Agricultor! repitió asombrada Elena: no comprendo!

(Arreglo del francés.)

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

ESPLICACION

Y APLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

TRAGES DE BAILE. *Figura primera.*— Vestido de tafetan blanco, cubierto con una falda de tarlatana, adornada en el bajo por tres ruches recortados de la misma tela: cuerpo de peto delante y detras; berta, formada de una draperia, que está guarnecida de un ruche en armonía con los de la falda: esta y la berta están sembradas de rosetas de tarlatana recortada: las mangas muy cortas se componen de un bullon, y de un volantito recortado.

Peinado de bucles: estos son todos postizos, y su gracia consiste en la habilidad del peluquero que los disponga, pues á la simple vista se conoce que ni pueden ejecutarse con los cabellos propios, por largos y espesos que sean, ni puede ejecutar por sí misma la persona que elija este peinado: el prendido se compone de campanillas azules, de espigas y de follaje: la berta está prendida en el pecho con un ramo que armoniza con el prendido.

Antes de pasar adelante, debemos explicar á nuestras lindas suscriptoras el modo de disponer este peinado, que hace pocos días hemos visto colocar á un hábil peluquero, con la sola intencion de explicarlo aquí, porque nada omitimos de lo que pueda complacerlas.

Todos los bucles, que se descubren á la derecha, están dispuestos por el peluquero sobre una armadura que se prende con orquillas: despues de estos bucles queda un pequeño espacio para dar paso al prendido sobre la frente, y al lado izquierdo va otro grupo de bucles que consta de cuatro, y que se arma separadamente del de la derecha.

Se recoge el cabello natural hácia atrás, y sobre este se colocan los dos grupos de bucles prendiéndolos simuladamente: por detrás se ata muy bajo, y se forma con él un lazo flojo, ó de mariposa; sobre cada uno de los lados de este lazo se prenden otros dos bucles y

cinco mas debajo, cayendo sobre la espalda: el lazo se sujeta con un peinecillo en forma de abrazadera de oro, ó bien con una presilla de terciopelo de un color fuerte, como azul, punzó ó verde, pero siempre de un matiz en armonía con el prendido: este, que forma un grupo ó *puff* grande, se coloca entre los dos grupos de búcles que guarnecen la frente con algunas orquillas, cuidando de que esté seguro, pero lijeramente colocado, pues nada hay de tan mal gusto como el apelmazamiento ó pesadéz en los prendidos, y mas si son de flores.

Figura segunda.—Vestido de tarlatana blanca, guarnecido en el bajo de la falda por tres volantes rizados á tablitas, que llevan por cabeza tres ruches de tarlatana rosa: cuerpo redondo con draperia de tarlatana blanca: sobre aquel, cintura *bearnesa*, de igual hechura en el pecho y espalda, y de la que descenden seis bandas de tafetan rosa, que llegan hasta los volantes: tres de estas bandas forman delantal y las otras tres caen por detras, siendo el todo de una gracia y novedad esquisitas: cada una de estas bandas está guarnecida de un volantito hecho á tablas de tafetan: la cintura forma puntas en su parte superior: en el pecho, hombros y espalda, rosetas de cinta rosa, mezclada con tarlatana.

El peinado de esta segunda figura es muy semejante al que queda explicado en la primera, con la sola escepcion de que consta de menos búcles: el prendido se compone de rosas, de follage, y de un *aigrette* de hilo de oro: en el lado izquierdo se prolonga en una graciosa y copuda rama de follaje y capullos de rosa, que descende hasta el lazo que forma el cabello detras de la cabeza.

Figura tercera.—Vestido de tafetan verde de agua ó verde-mar: sobre la falda lisa vá otra de tul del mismo color, bullonada: cada bullon ocupa un ancho de la falda, y están sostenidos en las costuras por guirnalda de pervincas moradas con follaje verde y de estrema frescura por ser tan gracioso como natural: en el borde de la falda, lleva este precioso traje un volante á gruesos pliegues de tafetan: cuerpo de dos petos, adornado de una berta *draperie*, sujeta en el pecho, hombros y espalda, con ramos de flores en consonancia con los que adornan la falda: el del pecho se une á la guirnalda de la delantera de aquella por medio de un cordon de follaje.

Mangas compuestas de bullones de tul. Prendido formado por una *catalana* de tul de ilusion blanco, guarnecida de blonda, y adornada sobre la frente con un grupo de *pervincas*.

Recomendamos este traje á las madres que han tenido la bondad de consultarnos el vestido de boda de sus hijas, aconsejándoles que hagan el interior de tafetan blanco y que sustituyan

el tul verde con tul blanco: la falda bullonada es muy fácil de ejecutar, pues no necesita mas que cortarla media vara mas del largo que ha de tener, y al unir los paños, tirar de la seda, hasta que, quedando todos encogidos en lo que escede, se formen los bullones.

El peinado se compone de tres crepés armados sobre peinecillos, á cada lado de la frente: el último, ó inferior, termina en un doble retorcido, y vá á perderse en ambos lados, en una castaña muy baja, sobre la cual cae graciosamente el velete de la *ca alana*, que llega hasta el escote del traje: sobre la frente y entre los dos primeros bandós, se coloca una flor ó lazo de cabellos.

Collar formado por flores de pedrería, y ricos brazaletes propios, lo mismo que el pañuelo guarnecido de ostentoso Valenciennes, de una novia, ó de jóven casada, pero que de ningun modo debe usar una señorita.

Figura cuarta.—Traje de raso amarillo, cubierto de tul del mismo color: dos blondas negras, cosidas pié con pié, y cuya union está disimulada por una gruesa felpilla amarilla, adornan la falda en su parte inferior: cuerpo de dos petos, cubierto de tul amarillo, y adornado de una berta de encaje Chantilly negro: mangas compuestas de bullones de tul céfiro blanco y de tul amarillo: collar de gruesas perlas finas: dobles brazaletes de oro liso.

Prendido *catalana* de blonda blanca, guarnecido de puntilla negra, que está sujeto sobre la frente por tres grandes flores de terciopelo grana con cálices y follaje de oro, y cae en forma de velo hasta el talle.

El peinado se compone de dos bandós pequeños sobre la frente, dos grandes debajo, y una gran castaña, sobre la que hay otra mas pequeña.

Este traje es esclusivamente de señora casada, por los encajes y las joyas que entran en su confeccion.

No terminaremos este artículo, sin llamar de nuevo la atencion sobre la graciosa modestia de los escotes: las cuatro figuras de nuestro grabado son modelo de hechuras llenas de elegancia, y distantes de toda exajeracion.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINCÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.